

más que por una sugestión súbita; necesita de un momento de exaltación; es preciso que crea escondido al rey detrás de una colgadura, ó que, al verse envenenado, le encuentre al alcance de su puñal. No es dueño de sus acciones; se las dicta la ocasión; no puede meditar el asesinato; tiene que improvisarle. La imaginación demasiado viva agota la voluntad por la energía de las imágenes que acumula y por el furor de atención que la absorbe. Se reconoce en él el alma de un poeta, que ha nacido, no para obrar, sino para soñar, que se olvida de todo contemplando los fantasmas que se forja, que ve demasiado bien el mundo imaginario para representar un papel en el mundo real: artista, á quien un azar adverso ha hecho príncipe, á quien otro azar peor ha hecho vengador de un crimen, y que, destinado al genio por la naturaleza, se ha visto condenado por la suerte á la locura y la desgracia. Hamlet es Shakspeare, y al término de esa galería de figuras, cada una de las cuales tiene algún rasgo de él, Shakspeare se pintó á sí mismo en el más profundo de sus retratos.

Si Racine ó Corneille hubiesen escrito una psicología, hubieran dicho con Descartes: El hombre es un alma incorpórea, servida por órganos, dotada de razón y de voluntad, habitante de los palacios y de los pórticos, hecha para la sociedad y la conversación, y cuya acción armoniosa se despliega mediante discursos en un mundo construido por la lógica fuera del tiempo y del espacio.

Si Shakspeare hubiese escrito una psicología, hubiera dicho con Esquirol: El hombre es una máquina nerviosa, gobernada por un temperamento, propensa á las alucinaciones, arrebatada por pasiones sin freno, irracional por esencia, mezcla de animal y de

poeta, que tiene la sensibilidad por virtud, la imaginación por resorte y por guía, y conducida á la ventura por las circunstancias más determinadas y complejas, al dolor, al crimen, á la demencia y á la muerte.

IX

¿Podrá un poeta semejante ceñirse siempre á imitar á la naturaleza? ¿Ese mundo poético que se agita en su mente no se emancipará jamás de las leyes del mundo real? ¿No es bastante poderoso para seguir las suyas? Lo es, y la poesía de Shakspeare conduce naturalmente á lo fantástico. Ese es el grado más alto de la imaginación desbordada y creadora. Rechazando la lógica ordinaria, crea una nueva; une los hechos y las ideas en un orden nuevo, absurdo al parecer, legítimo en el fondo; abre el país de los sueños, y sus sueños producen la ilusión de la verdad.

Cuando se llega á las comedias de Shakspeare, y aun á sus semi-dramas (1), parece que se le ve á él en el umbral, á la manera del actor encargado del prólogo, para impedir que el público se engañe y decirle: «No toméis demasiado en serio lo que vais á oír. Mi cerebro, lleno de sueños, ha querido ofrecérselos á sí mismo en espectáculo, y aquí los tenéis. Palacios, lejanos paisajes, las nubes transparentes que matizan con sus vellones grises el horizonte matinal, el rojo esplendor del incendio en que el sol se sumerge por la tarde, blancas columnatas que se prolongan hasta per-

(1) *Duodécima Noche, Como queráis, Tempestad, Cuento de invierno, etc., Címbelina, Mercader de Venecia, etc.*

derse de vista en el aire límpido, cavernas, chozas, el desfile fantástico de todas las pasiones humanas, el juego irregular de las aventuras imprevistas: he ahí el tropel de formas, de colores y de sentimientos que dejo enredarse y enmarañarse delante de mí, madeja matizada de sedas brillantes, ligero arabesco cuyas líneas sinuosas, cruzadas y confundidas, extravían la mente en el dédalo caprichoso de sus espirales infinitas. No le juzguéis como un cuadro. No busquéis una composición exacta, un interés único y creciente, la artística economía de una acción bien desenvuelta y enlazada. Tengo á la vista novelas que divido en escenas. Poco me importa el desenlace; yo me entretengo en el camino. Lo que me agrada no es la llegada, es el viaje. ¿Es necesario caminar tan derechos y tan deprisa? ¿No os interesa más que saber si el pobre mercader de Venecia se librará del cuchillo de Shylock? Ved aquí dos amantes dichosos, sentados al pie del palacio en la noche serena; ¿no queréis escuchar las tranquilas divagaciones que, como un perfume, salen del fondo de su corazón.

«¡Qué dulcemente duerme sobre el césped la luz de la luna! Sentémonos aquí; que los sonidos de los instrumentos vengán á flotar en nuestros oídos. La calma suave y la noche cuadran á los acentos de la grata armonía. Siéntate, Jessica. Mira cómo esmaltan el cielo esas apiñadas flores de refulgente oro. Hasta los más pequeños de esos orbes que miras cantan en su movimiento como querubines, acompañando sin fin los juveniles coros de los ángeles. Tal es el armonioso concierto de las almas inmortales. Pero, mientras la nuestra esté encerrada en esta grosera vestidura de barro perecedero, no podemos oírlas.»

«Cuando veo la carota risueña de un criado bufón,

¿no tengo el derecho de pararme á su lado, de verle gesticular, saltar, charlar, hacer mil gestos y visajes, y recrearme en la comedia de su animación y su alegría? Pasan dos mozos de chispa. Yo escucho el fuego granneado de sus metáforas, y sigo sus torneos de ingenio. He aquí en un rincón la cándida y traviesa fisonomía de una muchacha. ¿Me prohibís que me rezague, que mire sus sonrisas, sus bruscos rubores, el mohín infantil de sus labios sonrosados y la coquetería de sus graciosos movimientos? Mucha prisa tenéis, si el gorjeo de esa voz fresca y sonora no logra deteneros. ¿No es un placer ver esa sucesión de sentimientos y de figuras? ¿Tan pesada es vuestra imaginación que se necesite, para ponerla en movimiento, el potente mecanismo de una intriga geométrica? Mis espectadores del siglo XVI se impresionaban más fácilmente. Un rayo de sol extraviado en un vetusto muro, una canción retozona interpolada en medio de un drama, los ocupaban tanto como la más negra catástrofe. Después de la horrible escena en que Shylock blande su cuchillo de carnicero contra el pecho desnudo de Antonio, todavía velan con gusto el altercado conyugal y el divertido enredo con que termina la obra. Como el agua móvil y ágil, su alma se elevaba y descendía en un instante al nivel de la emoción del poeta, y sus sentimientos seguían sin trabajo el cauce abierto por él. Le permitían vagar viajando, y no le prohibían hacer dos viajes á la vez. Toleraban varias intrigas en una sola, con tal que las uniese el más ligero hilo. Lorenzo robaba á Jessica; se frustraba la venganza de Shylock; los amantes de Porcia fracasaban en la prueba impuesta; Porcia, disfrazada de juez, recibía de su marido el anillo de que él había jurado no separarse nunca: estas tres ó cuatro comedias confundidas se enredaban

y desarrollaban juntas, como una trenza deshecha donde serpentean hilos de cien colores. Juntamente con la diversidad aceptaban mis espectadores la inverosimilitud. La comedia es cosa ligera, alada, que revolotea entre los sueños, y cuyas alas romperíamos, si la retuviésemos cautiva en la estrecha prisión de la razón común. No estrechéis demasiado de cerca sus ficciones, no sondeéis lo que encierran. Que pasen ante vuestros ojos como rápido sueño seductor.

Dejad perderse á la aparición fugitiva en la brillante y vaporosa comarca de donde ha salido. Os ha ilusionado un instante; basta. Es dulce apartarse del mundo real; el espíritu reposa en lo imposible. Gozamos en vernos libres de las rudas cadenas de la lógica, en vagar entre extrañas aventuras, en vivir en plena novela y saber que en ella vivimos. Yo no trato de engañaros y de haceros creer en el mundo adonde os llevo. Es preciso no creer en su existencia para gozar de él. Es preciso abandonarse á la ilusión, y saber que se abandona uno á ella. Es preciso sonreír al escucharla. Se sonríe uno en el *Cuento de invierno* cuando Leontes reconoce en la estatua á la mujer que creía muerta. Se sonríe uno en *Cimbelina* cuando ve la solitaria caverna donde han vivido los jóvenes príncipes como salvajes y cazadores. La inverosimilitud quita á las emociones su punta acerada. Los sucesos interesan ó conmueven sin hacer sufrir; en el instante en que la simpatía es demasiado viva, se dice uno que no son más que un sueño: aseméjense á los objetos lejanos, cuyos contornos suaviza la distancia, envolviéndolos en un velo luminoso de aire azulado. La verdadera comedia es una ópera. Allí se escuchan sentimientos, sin pensar demasiado en la intriga. Se siguen las melodías tiernas ó alegres, sin reflexionar que interrumpen la

acción. En otras partes se sueña con la música; yo trato aquí de hacer soñar con versos.»

Con esto se retira el prólogo, y vienen los actores.

Como queráis es un capricho. Acción no hay; interés, apenas; verosimilitud, menos. Y el todo es encantador. Dos primas, hijas de príncipes, llegan á un bosque con el bufón de la corte: Celia disfrazada de pastora; Rosalinda de doncel. Encuentran allí al anciano duque, padre de Rosalinda, que, arrojado de su estado, vive con sus amigos como filósofo y cazador. Encuentran allí pastores enamorados que persiguen con sus canciones y sus súplicas á pastoras desdeñosas. Encuentran allí amantes que se hacen sus esposos. De repente se anuncia que el perverso duque Federico, que había usurpado la corona, acaba de retirarse á un claustro y de restituir el trono al anciano duque desterrado. Hay bodas, hay bailes, y todo acaba con una fiesta pastoril. ¿Cuál es el atractivo de este juego de fantasía? Por el pronto el ser un juego de la fantasía. No hay lances ni enredo. Se sigue suavemente la corriente de emociones plácidas ó melancólicas que os lleva y os pasea sin cansaros. El lugar contribuye al encanto y la ilusión. Es un bosque de otoño, donde penetra la luz dulcificada al través del rojizo follaje de los robles, donde los fresnos medio desnudos tiemblan y sonríen acariciados por el leve soplo del viento de la tarde. Los amantes vagan por las márgenes de los arroyos «que corren murmurando al pie de añejas raíces». Oyéndolos, se divisan esbeltos abedules cuyos encajes dora el sol oblicuo, y el pensamiento se extravía en calles de musgo donde se amortigua el ruido de los pasos. ¡Qué lugar mejor elegido para la comedia del sentimiento y la fantasía del corazón! ¿No se está bien aquí para escuchar pláticas amorosas?

Alguien ha visto en esa clara á Orlando, el amante de Rosalinda; ella lo sabe, y se sonroja: «¡Ah! ¡mal día! Pero ¿qué hizo cuando le viste? ¿Qué te dijo? ¿Qué cara tenía? ¿De dónde venía? ¿Qué hace aquí? ¿Ha preguntado por mí? ¿Cuándo le volverás á ver?» Después, vacilando un poco y bajando la voz, añade: «¿Tiene tan buen aspecto como el día en que combatió?» Aquello no se acaba. «¿No sabes que soy mujer? Cuando pienso, hablo. Vamos, di, querida.» Amontonando preguntas sobre preguntas, cierra la boca á su amiga, que quiere responder. Todo esto afectando un tono ligero y jovial, pero agitada, ruborizándose, con una alegría ficticia. Al llegar Orlando, no obstante, ha conseguido reponerse, bromea con él, y, á favor de su disfraz, le hace decir que ama á Rosalinda. Entonces se entretiene en hostigarle para oírle: «No, no, no amáis.» Orlando repite, y ella se goza en hacérselo repetir más de una vez. Viva como una centella, chispeante de malicia, retozándole la burla, seduce con sus graciosas indignaciones, sus enojos fingidos, sus risas, su charla atropellada, sus caprichos encantadores. «Vaya, hacédme la corte. Estoy de buen humor, y muy bien podría admitiros. ¿Qué me diríais si fuese yo vuestra Rosalinda?» Y á cada instante le repite con sonrisa picaresca: «¿Verdad que soy vuestra Rosalinda?» Orlando protesta que morirá. ¡Morir! ¡A quién se vió jamás morir de amor! Veamos los modelos: ¿Leandro? Un día se dió torpemente un baño en el Helesponto, y los poetas dijeron que murió de amor. ¿Troilo? Un griego le abrió la cabeza de un mazazo, y los poetas dijeron que murió de amor. Vamos, venid, Rosalinda va á ser más blanda. Y acto continuo juega al matrimonio con él, haciendo que Celia pronuncie las palabras sacramentales. Provoca y atormenta á su supuesto marido;

le cuenta todos los caprichos que tendrá, todas las malas pasadas que le jugará, todo lo que le hará sufrir. Y á cada frase seguimos las miradas de aquellos ojos tan vivarachos, los pliegues de aquella boca risueña, los movimientos bruscos de aquel esbelto talle. Es la ligereza y la volubilidad de un pájaro. «¡Oh prima, prima, prima, primita mía, si supieses cuántas brazas he profundizado en el amor!» Y ahora la toma con esa prima, juega con sus cabellos, la prodiga toda clase de nombres cariñosos. Antítesis sobre antítesis, agudezas, exageraciones deliciosas, tropel musical de palabras: cuando se la escucha, se cree oír el canto de un ruiseñor. Esas metáforas redobladas como trinos, esos raudales sonoros de gamas poéticas, ese gorjeo de estío brotando de entre el follaje transforman la comedia en verdadera ópera. Los tres amantes acaban por entonar una especie de trío. El primero lanza un pensamiento, y los otros le repiten. Cuatro veces se reproduce esa estrofa, y la simetría de las ideas, en unión con la música de las rimas, hace del diálogo un concierto de amor. La necesidad de cantar llega á ser tan imperiosa, que á poco las canciones nacen de suyo. La prosa y la conversación acaban en poesía lírica. Se pasa, naturalmente, á esas odas. No se sorprende nadie como si se encontrara en un país nuevo. Siente uno en sí la emoción y la alegría loca de un día de fiesta. Se ve cruzar envuelta en vaporosa luz la agraciada pareja que va paseándose á orillas de los verdes trigos, entre los zumbidos de los insectos, en el más bello día de la florida primavera. La inverosimilitud tórñase natural, y no se asombra uno cuando ve al Himeneo llevar de la mano á las dos desposadas para entregarlas á sus esposos.

Mientras los jóvenes cantan, hablan los viejos. Tam-